

peligrosa: «Si naces de nuevo, ten cuidado al pegarte a tu madre. Sólo tienes que perder» (diario del 22.1.1938). Esa madre es la que domina su escasa relación con el cuerpo de la mujer: lamer los pezones como un niño que es amamantado. En cuanto a la figura paterna, sólo hallo esta referencia en carta a la Pivano (13.2.1943): «Aún más, me siento padre. De qué y de quién, no lo sé bien, pero me siento padre, responsable y fastidioso y superado». ¿Es éste su padre efectivo y real, o es Pavese, por el contrario, el padre innominado de sí mismo, como todo escritor lo es desde su escritura?

La fobia sexual a la mujer tiene derivas que no son el suicidio: la homosexualidad, algún tipo de relación sexual ortopédica o técnicamente depurada, etc. No todo eyaculador precoz se suicida por serlo. El decreto suicidario de Pavese es más fuerte: te matarás por no ser nadie, a menos que construyas tu nombre y tu identidad a partir de la escritura. En esta inflexión hay toda una poética que, según es norma, se convierte en una ética del escritor.

La literatura es, una vez más, la *Trostung* romántica, la defensa y el consuelo ante los embates ofensivos de la vida. Como Chateaubriand, Pavese escribe tal si ya estuviera muerto, desde ultratumba, evitando la angustia de morir, de ir muriendo a cada instante y de extinguirse del todo en el instante final. El italiano siempre fue para él una lengua muerta en relación con el piamontés, una lengua que trata «en consecuencia, con una discreción que le impide maltratarla» (carta a Emilio Cecchi, 20.1.1950). La decisión de acabar viene tras otra, la de cesar en su escritura. En su penúltima carta, dos días antes del suicidio, le dice a Davide Lujolo (25.8.1950): «Desde ahora, ya no escribiré más (...) haré mi viaje al reino de los muertos». Se revela, así, la escritura pavesiana como un quehacer a orillas de la muerte, que lo mantuvo vivo al precio de no dejar de pensar en el suicidio como un deber moral. Debo mi vida, no sé a quién pero la debo, y he aquí el pago: escritura y suicidio.

Con todo lo anterior se liga el tema, también fuertemente pavesiano, de la adolescencia. Se trata de una categoría ausente en la antropología clásica y que aparece, cómo no, en la edad crítica de la cultura moderna, en el barroco. El adolescente moderno no es el niño ni el efebo, sino el ser que adolece, el ser a quien algo le falta. Es la edad ingrata, la edad del pavo, del «tonto en el sentido más banal e irremediable, el hombre que no sabe vivir, que no ha crecido moralmente, que es vano, que se apuntala con el suicidio pero que no lo comete» (diario del 10.4.1936). O el «ser niño demasiado tiempo», es decir más allá de la niñez biológica (diario del 25.12.1937). La adolescencia se define como la meditación del suicidio

(diario del 2.2.1941), cuyo único gozo es ir a un pequeño cine y disfrutar de cualquier película.

En esta burbuja vital, la fijación en la adolescencia, se escriben sus diarios, cuyo tiempo es estático y circular, de sesgo obsesivo. No hay en él menciones a terceros, ni a hechos históricos. No hay afuera: mundo, guerra, paz, etc. No hay tiempo porque el tiempo es crecimiento. Y esta es también una opción estética convertida en ética: buscar el no tiempo como lugar de la escritura, como sitio del encuentro con los mitos. En primer lugar, la infancia, entendida –Freud lo explica a su manera, tan cercana a la de Pavese– como una invención del adulto. Hecha falta, echada en falta, da lugar a la perpetua adolescencia.

Al igual que todo adolescente, el escritor alterna los gestos autocompasivos con el narcisismo elemental del espejo y el trascendente de la obra. En sus cartas y diarios se ve triste, vil, infantil, enfermo, antipático, hambriento de compasión, complacido en la desdicha, a la vez que el mejor escritor de Italia y seguramente, también de Europa.

Pavese ama o cree amar, con la extrema decisión que exige el amor adolescente. Un amor donde cuentan el cuerpo, la sangre, la angustia, eso que llamamos *vida* y frente a la cual nada cuenta la razón. Algo absurdo por definición, un tormento que lo crucifica, nunca correspondido, colmado de bellezas y fealdades, un arte de hacerse odiar por la persona amada, un hecho personal que nada tiene que ver con su objeto, como las palabras no tienen que ver con las cosas. Algo paralelo al acto de escribir, que no se sabe a quién se dirige y si tendrá o no correspondencia porque la verdadera sustancia humana es la soledad «fría e inmóvil» (cf. el diario del 5.12.1937). Misógino, Pavese resulta, en consecuencia, obsesionado y fascinado por la mujer como personaje repudiable y poderoso, al cual invoca, a menudo, como «hermana» (¿clave del tabú? ¿evitaremos, una vez más, el psicologismo?). Sus invectivas contra las mujeres son tópicas y abundantes, por lo que se ve que no hay demasiado de personal en ellas (en las invectivas ni en las mujeres): son calculadoras, traidoras, formales y vacías de contenido, no actúan ni piensan como los varones (no actúan ni piensan, a secas), capaces de hacer idiota a un hombre sano y viceversa, capaces de cualquier abandono, perdonables (¿de qué, tal vez de ser tales?), gozosas del dolor ajeno, crueles, enemigas del sexo masculino. Con ellas hay que ser estúpido y si fastidian a un tercero para estar contigo, repetirán la maniobra. Etcétera. De nuevo: como un adolescente, no ve jamás en cada mujer a un individuo, sino al tremendo género del que está radical y definitivamente separado. Salvo, se ha visto, cuando él mismo se reconoce femenino. Entonces, el enemigo se ha metido en casa y estalla la guerra doméstica.